

PIERRE BONCENNE

EL PARAGUAS
DE SIMON LEYS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le parapluie de Simon Leys*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Philippe Rey. Todos los derechos reservados
Este libro ha sido negociado a través de L'Autre agence, París, Francia
© de la traducción, 2025 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

[Subvención]

ISBN: 978-84-19958-94-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 745-2025

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2025*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Paraguas	9
Indignación	11
El Oriente rojo	24
Peregrinajes	39
Los trajes nuevos del presidente Mao	63
Frente a la mentira	92
Lu Xun	121
Orwell	132
Hitler, Stalin, Mao	153
La guerra contra el espíritu	174
Los <i>expertos</i>	186
El pasado imprevisible	210
Confucio	227
El poder de la imaginación	241
El mar	257
Un católico	282
<i>Umbrella</i>	290
<i>Bibliografía</i>	294
<i>Agradecimientos</i>	297

A Claude Mabias.

No soy un intelectual moderno inconforme,
sino un campesino medieval indignado.

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA,
Escolios a un texto implícito

PARAGUAS

Una noche Pierre Ryckmans olvidó su paraguas al marcharse de mi casa. Al día siguiente, por teléfono, me dijo que no tenía ninguna importancia: «¡No pierda el tiempo, hay tantas cosas buenas que leer! Y, además, un paraguas le resulta más útil a usted en París que a mí en Australia». Recordé esta anécdota muchos años después, cuando descubrí el paraguas azul plegable en un estante de mi biblioteca, muy polvoriento pero en buen estado. Lo guardé como una de esas fruslerías que hacen las veces de talismanes, y a partir de entonces me dediqué a identificar unos cuantos paraguas en sus libros y otros escritos.

Pierre Ryckmans murió el 11 de agosto de 2014. Desde entonces no recibo más sobres en el buzón con su fina caligrafía prometiendo cada vez una lectura placentera; y se acabó para siempre, por supuesto, la posibilidad de conversar sin orden ni concierto, allá en las antípodas o en Francia. Dado que ese insignificante paraguas ha seguido ahí desde hace más de treinta años, la amistosa complicidad de Pierre me ha protegido contra diversas inclemencias—la mentira de las ideologías, el «espíritu de seriedad», la gente importante, etcétera—antes de embarcarme hacia horizontes desconocidos. Enfrentado al «horror de la política» (en expresión de Orwell) él salió de su reserva natural para luchar contra la Revolución Cultural maoísta y denunciar la mentecatez culpable de numerosos intelectuales ante ese horror, pese a que su naturaleza lo inclinara a ocuparse tan sólo de la literatura o la pintura, de la traducción de Confucio o la navegación, de anécdotas curiosas o pececillos rojos.

En mayo de 1955, cuando aún no tenía veinte años, Pierre Ryckmans descubrió China durante un viaje organizado por la joven República Popular (la delegación belga estaba formada por una sabia mezcla de católicos, comunistas o socialistas, sin olvidar a un pastor protestante y a un marxista independiente). Fue toda una revelación. Para tratar de explicar lo que le había ocurrido citaba siempre al gran erudito Joseph Needham: «La civilización china presenta la irresistible fascinación de lo que es totalmente “ajeno”, y sólo lo que es totalmente “ajeno” puede inspirar el más profundo amor, así como un poderoso deseo de conocerlo». Pierre Ryckmans decidió dedicar su vida a la exploración de una civilización de varios milenios de antigüedad, sin olvidar sus profundos lazos personales con la cultura europea, empezando por la tradición judeocristiana. Nunca ocultó ni negó su simpatía inicial por el régimen nacido en 1949 con la llegada de los comunistas al poder: era la prolongación natural de una deslumbrante ola de entusiasmo respecto a China.¹ Pero, bastante pronto, tomó conciencia de la catástrofe totalitaria.

Unos meses antes de su muerte los estudiantes de Hong Kong comenzaron a movilizarse: el «movimiento de los paraguas» (que usaban para protegerse contra los gases lacrimógenos de la policía) quería defender una determinada idea de democracia amenazada por las autoridades. En otro contexto, fue exactamente en Hong Kong, a principios de la década de 1970, donde Pierre Ryckmans abandonó el mundo de las artes y las letras temporalmente, y se convirtió en Simon Leys para dar testimonio y protestar.

¹ Véase, por ejemplo, *Sombras chinescas*, p. 235.

INDIGNACIÓN

De repente, se produjo un momento de indignación nutrida por la fuerza del testimonio personal, la agudeza del juicio y la inspiración satírica: una brillante protesta contra los estragos de la propaganda, en este caso las mentiras profesadas por tantas mentes ilustradas, que no sólo negaron la evidencia del horror, sino que la celebraron dichosamente. Y, más de treinta años después, el episodio merece ser recordado en virtud del sabio principio de Samuel Johnson según el cual «Es más necesario recordar cosas a la gente que proporcionarles nuevas informaciones».¹

¹ En los países francófonos el fallecimiento de Simon Leys ha dado lugar a muchos artículos (por supuesto, también en el extranjero, principalmente en Australia, Estados Unidos y Hong Kong). La necrológica es un género periodístico en sí mismo que, en el caso de este autor tan despreciado y vilipendiado al principio, podría dar lugar a un instructivo folleto. A pesar o a causa de la tristeza, confieso que me divertí mucho descubrir que algunas personas aprovecharon la oportunidad para dar un paso al frente e informarnos de la gran consideración que Leys les tenía o incluso para contar grandes patrañas. Pero no es esto lo que querría comentar, sino más bien cómo es posible seguir diciendo cualquier cosa sobre el famoso programa de *Apostrophes* en el que Simon Leys apareció por primera vez en la televisión. Por ejemplo: «Prudente como de costumbre, Bernard Pivot esperó hasta 1983 para invitarlo». Algunas simples comprobaciones cronológicas o incluso más pro-saicas—fechas de publicación de los primeros libros del autor y de la creación de *Apostrophes*, lugar de residencia de Leys, etcétera—habrían permitido evitar un burdo error aderezado con una pizca de suficiencia. Hay que señalar, por otra parte, que el timorato Pivot invitó inmediatamente a Jean Pasqualini para que expusiera su terrible testimonio, *Prisionero de Mao*, que causó cierto revuelo; o que la revista *Lire* publicó a menudo artículos sobre Simon Leys o de él. ¡Ah!, y otro detalle

Los televidentes que eligieron ver el programa *Apostrophes* la noche del viernes 27 de mayo de 1983, cuyo tema era «Los intelectuales frente a la historia del comunismo», comenzaron descubriendo a un extraño personaje llamado Jean Jérôme. A pesar de los intentos de Bernard Pivot por aclarar la autobiografía del personaje (*La part des hommes*),¹ reinó la confusión en torno a esa eminencia gris del Partido Comunista francés que no constaba en ningún organigrama oficial. ¿Cuál era su actividad en el seno del Komintern, su papel financiero o sus vínculos con Moscú? Pronto resultó evidente que era imposible disipar la notable vaguedad que rodeaba al personaje. Otra invitada en el programa, la sagaz politóloga Jeanine Verdès-Leroux, declaró que la lectura del libro de Jean Jérôme, compuesto de elementos «ni del todo verdaderos ni del todo falsos», la había sumido «en un profundo estupor», lo cual pareció encantar al interesado. La evocación de un incidente bastante turbador durante la última guerra confirmó que el enigmático agente del aparato no pensaba renunciar a la indestructible protección de la retórica soviética para defenderse de los intentos de menoscabarlo.

Cuando intervino la tercera invitada, María Antonietta

suplementario: nuestro plumífero de turno trabajó en dos diarios que se distinguieron por verter sobre Leys «carretadas de basura» (expresión justificada que figuraba en esa necrológica para recordar cómo fue tratado). Otro ejemplo: durante una velada de homenaje a Simon Leys, uno de los organizadores afirmó que la agresividad del debate en *Apostrophes* lo había «traumatizado» tanto que tomó la decisión de no volver a aparecer en televisión. Lamento recordar a ese organizador que al año siguiente, en 1984, precisamente cuando publicó su ensayo sobre Orwell, Leys participó con Milan Kundera en *Apostrophes*. Tengo muchas más cosas de este tipo en la alforja, pero no hace falta mencionarlas todas, sólo quería señalar unas pocas que resultan elocuentes.

¹ París, Acropole, 1983.

Macciocchi, se pasó de los secretos a la sombra de Jean Jérôme al exaltado sentido de la militancia: la ensayista y periodista italiana, que también acudía al programa para presentar la edición francesa de su autobiografía (*Deux mille ans de bonheur*),¹ explicó que su trayectoria de mujer plenamente comprometida con el siglo no era «en absoluto misteriosa». Y a continuación se dedicó a narrar sus místicos comienzos como militante en los siguientes términos: «Mi vida era muy casta y abnegada. Las santas se unían a Dios y yo me unía al pueblo, a cuya redención había consagrado mi existencia, inmolándome día y noche». Para acreditar este acto de fe, la militante Macciocchi—la autora solía referirse a sí misma en tercera persona—mencionaba, entre otras cosas, su trabajo en la prensa comunista, su mandato como diputada de Nápoles, su descubrimiento de China en plena Revolución Cultural, las desavenencias con el Partido, la elección para el Parlamento Europeo o su frecuentación de los círculos intelectuales parisienses. Intrépida turiferaria del maoísmo, tampoco se mostró menos complacida cuando se le preguntó por su memorable reportaje *De la Chine*.² Era evidente que no estaba dispuesta a analizar posibles errores y seguía apelando a la benévola protección del Gran Timonel: con ocasión de un encuentro con Mao, éste deseó a las mujeres italianas «dos mil años de felicidad», de ahí el título de su autobiografía. No obstante, además de indicar que el título también aludía a Dante (?) y al año 2000 (?), Macciocchi precisaba que su «aventura china» debía entenderse como una «forma de desesperación ante la invasión de Checoslovaquia» y la «burocracia

¹ París, Grasset, 1983.

² París, Seuil, 1971, reeditado en 1974 en la colección Points Actuels; todas las citas del libro proceden de esta reedición corregida: la edición original ponía aún más en evidencia a la autora.

soviética», es decir, como una enérgica reacción «anties-talinista». Por si fuera poco, con una seguridad dialéctica destinada a rechazar cualquier objeción, se declaraba por encima de todo «antifascista».

Por último, llegó el turno de Simon Leys, invitado al plató de *Apostrophes* a raíz de una recopilación de artículos sobre la cultura y la política china titulada *La Forêt en feu* [‘El bosque en llamas’],¹ y el prólogo a un documento anónimo, *Investigación sobre la muerte de Lin Biao*. El brillante sinólogo, al que se veía por primera vez en televisión, debía su reputación a la publicación de *Los trajes nuevos del presidente Mao* (1971), un ensayo corrosivo a contracorriente de la opinión establecida por entonces en Occidente. Y nada más empezar Leys declaró:

La Revolución Cultural, que no tuvo de revolucionaria más que el nombre, ni de cultural más que el primer pretexto táctico, fue *una lucha por el poder* que se libró en las altas esferas entre un puñado de individuos detrás de la cortina de humo de un movimiento de masas ficticio: sólo posteriormente, al calor del desorden generado por esa lucha, se desarrolló espontáneamente una corriente de masas genuinamente revolucionaria que dio lugar a *motines militares y masivas huelgas obreras*, pero no estaban previstas en el programa y fueron aplastadas sin piedad.

Con su característico sarcasmo, añadió que no era extraño que su prosaico análisis afligiera a los espíritus bienintencionados, convencidos de que en China se estaba pro-

¹ Cuatro artículos de esta obra, inédita en español, se encuentran incluidos en Simon Leys, *Breviario de saberes inútiles. Ensayos sobre sabiduría en China y literatura occidental*, trad. José Manuel Álvarez Flórez y José Ramón Monreal, Barcelona, Acantilado, 2016: «Poesía y pintura», «Orientalismo y sinología», «Los expertos en China» y «La estela de una barca vacía». (N. del E.).

duciendo una «revolución de la civilización»: ante un tema tan estimulante para la reflexión, cualquier intento de reducir el fenómeno «a la sórdida y trivial dimensión de una “lucha por el poder” suena hiriente, incluso difamatorio, a los oídos de los maoístas europeos». Y, de hecho, los más eminentes diarios franceses optaron de inmediato por tratar a Simon Leys despectivamente y calumniarlo difundiendo sin más insinuaciones sobre sus vínculos con la CIA. Sólo más tarde, poco a poco, comenzaron a admitir que su detallada y rigurosa crónica, escrita en Hong Kong a partir de observaciones personales, lazos de amistad y una gran cantidad de información en chino, correspondía sin duda a la realidad: tras la pantalla de la Revolución Cultural se había escondido una locura criminal que dio lugar a matanzas de una violencia abominable. Sin embargo, llevó mucho tiempo tomar conciencia de lo que había ocurrido en China, y entre los intelectuales la llama maoísta continuó brillando nostálgicamente antes de que se admitiera que el balance de aquel período era indudablemente negativo. De ahí que lo primero que aclarase Simon Leys cuando tomó la palabra en *Apostrophes*, después de Maria Antonietta Macciocchi, fuese que sus intervenciones de orden político—tan alejadas de sus auténticos intereses, la historia del arte y la literatura clásica—se debían simplemente a la «indignación»:

Soy un analfabeto en política [...] Pero resulta que fui testigo de una situación, vi con mis propios ojos la terrible, la atroz realidad del terror maoísta. Mientras viví en Hong Kong los cadáveres que bajaban a la deriva por el río acababan en la desembocadura. Vi asesinar en la puerta de mi casa a un hombre que se había burlado de Mao en la radio. Etcétera, etcétera.

Simon Leys había señalado en *Los trajes nuevos del presidente Mao* que a partir de mediados de junio de 1968 se

había descubierto una serie de cadáveres en las playas de Hong Kong o en los alrededores:

La mayoría de los cuerpos estaban atados con “el gran nudo de las cinco flores” (*wu hua da bang*), es decir, con una cuerda alrededor de los dos pies, las dos muñecas y el cuello, lo que indicaba que se trataba de torturados, probablemente víctimas de una ejecución masiva

ya que los cuerpos encontrados tan sólo representaban una ínfima parte de los arrojados aguas arriba en el río de las Perlas. En *Images brisées (Imágenes rotas, 1976)*, Leys ya había explicado que la cantidad de cuerpos que transportaba aquel río era tal que las autoridades, preocupadas por su buena reputación en el extranjero, «hicieron todo lo posible para interceptar los cuerpos a la deriva: cualquiera que consiguiera recuperar algún cuerpo recibía una recompensa de ocho yuanes». Y en el mismo libro también había informado del asesinato, en agosto de 1967, de Lin Bin, un artista de variedades que animaba un popular programa radiofónico satírico:

Lin Bin y su primo, que lo acompañaba, fueron quemados vivos en su coche con una bomba incendiaria (el atentado se produjo delante de mi puerta, cuando salía de casa). Al día siguiente, el *Dagong bao* (diario comunista de Hong Kong) publicó un «boletín de victoria» sobre el asesinato del «comando encargado de castigar a los traidores». Fue la primera verdadera lección de política que recibí en mi vida, y tardaré en olvidarla.

S.L.: Uno se encontraba a diario con soldados de la Guardia Roja que habían escapado de la represión militar cuyos camaradas habían sido ejecutados, arrojados vivos al río en jaulas. En pocas palabras, teníamos ante noso-

tros la evidencia de ese terror inmenso y terrible que el maoísmo representaba para China, pero al mismo tiempo, ¿qué veíamos en Europa? A personas como la señora Macciocchi, y como la prensa respetable, que describían un mundo de fantasía sin relación con lo que presenciábamos personalmente.

En este punto del programa, Leys insistió en que sus escritos políticos no eran los de un especialista: no había formulado «ni una sola idea nueva, original», señalaba «banalidades, evidencias de sentido común conocidas por todos los chinos» y hechos que incluso los occidentales podrían conocer si estuvieran dispuestos a prestarles un poco de atención. De hecho, el título de su primer libro, *Los trajes nuevos del presidente Mao*, debía entenderse como una clara alusión al famoso cuento de Andersen en que unos embaucadores pretenden confeccionar al emperador (o el Gran Duque, en otra versión del relato) un suntuoso traje que sólo pueden ver los súbditos inteligentes. Naturalmente, se trata de una pura superchería, ya que han tejido una tela imaginaria. Sin embargo, todos los cortesanos, ministros, funcionarios y chambelanes se cuidan mucho de no decir que el emperador va desnudo por miedo a ser considerados incompetentes, hasta que un niño exclama ingenuamente: «¡Pero, papá, el emperador está desnudo!»». De manera similar, no hacía falta ser un experto para percatarse del obvio desastre que supuso la Revolución Cultural impulsada por Mao. La pregunta es: ¿por qué las detalladas pruebas que se proporcionaron en *Los trajes nuevos del presidente Mao* a principios de la década de 1970 se habían desdeñado por completo? Simon Leys respondió sin pelos en la lengua:

s. l.: Yo creo que los idiotas dicen idioteces como los manzanos producen manzanas, está en su propia naturale-

za, es lo normal. El problema es que hay lectores que los toman en serio, por eso merece un análisis. Tomemos el caso de la señora Macciocchi, por ejemplo: no tengo nada contra ella en lo personal, nunca he tenido el placer de conocerla. Cuando hablo de la señora Macciocchi me refiero a cierta idea de China que se encuentra en su obra, no me refiero a su persona. Lo más caritativo que puede decirse de su libro sobre China es que es de una estupidez absoluta,¹ porque si no habría que acusarlo de ser una estafa. El libro se basa esencialmente en dos supuestos fundamentales que no se enuncian como hipótesis, sino como hechos. Uno, y cito el texto de memoria, es que el pueblo chino, el pueblo de Mao, constituye una humanidad sin pecado. ¿Quién la ha salvado del pecado? ¿Quién la ha liberado de la condición humana común a todos? No se sabe muy bien si es Mao, pero eso parece.

María Antonietta Macciocchi había escrito textualmente: «Emana del pueblo chino la gran fascinación de los hombres puros y sin pecado», a lo que añadía que al cabo de veinte días en el país estaba «inmersa hasta el cuello» en «un océano de pureza».

S.L.: De esta humanidad sin pecado derivan naturalmente hechos que maravillan a la señora Macciocchi: en China los trabajadores rechazan los aumentos salariales y consideran superfluas las organizaciones sindicales; los campesinos practican la filosofía, y el pensamiento de Mao hace que hasta se cosechen cacahuetes.

M. A. M.: ¡Yo no he dicho tal cosa, caballero!

S.L.: ¡Sí! Lo ha escrito usted, señora.

¹ M. A. Macciocchi, *Dalla Cina*, Roma, Feltrinelli, 1971.

M. A. M.: A ver, muéstreme dónde, sea serio, dígame en qué página.

S. L.: Explica usted que la dialéctica maoísta ha aumentado la producción en el campo.

Al margen de la broma sobre los cacahuets, en lo esencial la versión abreviada que Leys ofrecía de las observaciones de Maria Antonietta Macciocchi sobre la agricultura en China era fiel. Por ejemplo, la autora reproducía deslumbrada el testimonio de la dirigente de una comuna campesina cuyas plantaciones devastó el granizo cierto año. Según esta militante ilustrada, gracias al apoyo del Ejército Popular de Liberación y a la lectura concienzuda del *Libro rojo*: «Los campos recuperaron su verdor. Guiados por el pensamiento de Mao, que nos alienta a ser decididos en todo, nuestra lucha para transformar la naturaleza ha sido victoriosa». En otra parte del libro se nos informa de que las semillas plantadas en un huerto revolucionario se beneficiaban de las investigaciones sobre el riego efectuadas por el propio Mao. Maria Antonietta Macciocchi también reproducía la declaración de un camarada del Comité Agrícola Revolucionario:

Ahora debemos desarrollar el cultivo de los cereales y la cría del cerdo, porque como Mao ha dicho: «Un cerdo es una fábrica de abono químico». Existe pues una relación dialéctica entre los cerdos y los cereales: cuantos más cerdos haya, más cereales tendremos, y viceversa.

Es importante señalar que este camarada se rio al ver que a la italiana le parecía divertida la declaración de Mao, y le ofreció avellanas producidas en su comuna y plátanos cultivados en «la fértil y soleada tierra de Cantón». No es extraño que Simon Leys dijera: «Para ser justos con el maoís-

mo, conviene reconocer que, aunque en su propio país no siempre consiguió producir cosechas, sí consiguió que en nuestras latitudes crezca una exuberante cosecha de flores de retórica». Pero, en el registro del camelo, nada podía superar el pretendido antiestalinismo en cuyo nombre Maria Antonietta Macciocchi justificaba su lealtad a Mao.

S.L.: El otro punto aún más fundamental es, evidentemente, el mito según el cual el maoísmo, en el fondo, constituye una ruptura con el estalinismo. Esto contradice toda evidencia histórica conocida por cualquiera. Bastaría que la gente se tomara la molestia de leer las obras de Mao para encontrar en ellas el desmentido. Le leeré simplemente un breve pasaje de las obras de Mao que quizá usted conozca: «La humanidad sólo podrá librarse finalmente de la desgracia siguiendo el camino indicado por Stalin, aceptando su guía. Stalin es el amigo fiel y seguro de la liberación del pueblo chino» [...] La cita se encuentra en la edición de las *Obras completas* de Mao de 1958. Los chinos formularon su veredicto final sobre Stalin en 1963, después de mucho alboroto y discusiones: ¿acaso Stalin no cometió algunos errores? Permítame recordarle que una de las razones esenciales por las que Mao rompió con Jrushchov fue que éste intentó llevar a cabo la desestalinización. Lo que Mao nunca pudo perdonar a Jrushchov fue que socavara la estatua de Stalin. Y eso que Mao tuvo el inmenso mérito de profesar inquebrantable fidelidad a Stalin pese a todas las jugarretas que Stalin le había hecho. Así pues, he aquí el veredicto final de 1963 a la inquietante cuestión de los errores de Stalin: «Los logros de Stalin son considerables, sus errores veniales. Toda la vida de Stalin fue la de un grandioso marxista-leninista y revolucionario proletario. Los escritos de Stalin son obras marxistas-leninis-

tas inmortales y constituyen una contribución definitiva al movimiento comunista internacional».

En *Sombras chinescas*, Simon Leys había señalado la omnipresencia de los escritos de Stalin en las librerías de Pekín y había añadido: «De hecho, con la sola posible excepción de Corea del Norte, no veo ningún país en el mundo que pueda enorgullecerse más que China de haber permanecido rigurosamente fiel tanto a la letra como al espíritu del estalinismo».¹ En el curso de sus paseos organizados por China, Maria Antonietta Macciocchi se enfrentó, en las calles o en los edificios, con la presencia de innumerables efigies ¡de Stalin! Pese a admitir que tales imágenes podían «confundir», se apresuró a ofrecer una explicación dialéctica *ad hoc* inspirada en un concepto elaborado, según ella, por el filósofo Louis Althusser. En realidad, afirmaba, a) los chinos eran muy críticos con Stalin; b) pero en su caso se trataba de una crítica *de izquierdas* a Stalin; mientras que c) la crítica de Jrushchov era *de derechas*. En nombre del marxismo, en el caso de Stalin los chinos se habían visto obligados a combatir con firmeza la crítica *de derechas*, aunque ello significara ser cautelosos en su crítica *de izquierdas*. *Quod erat demonstrandum*, de ahí la conclusión de Maria Antonietta Macciocchi: «El Partido Comunista Chino no fue estalinista en ningún momento de su historia». Una tontería que, en el plató de *Apostrophes*, Simon Leys acabó denunciando, aunque centrándose más en la práctica que en la teoría.

S.L.: ¿Cuál es la diferencia entre la práctica maoísta y la estalinista? En privado, al consultar la transcripción de las conversaciones de Mao es posible descubrir que expresó ciertas reservas respecto a Stalin: consideraba que Stalin

¹ *Sombras chinescas*, p. 290.

había matado a demasiada gente, y que mataba arbitrariamente y, en el fondo, de forma poco eficaz. En China, los mejores especialistas evalúan, a partir de extrapolaciones fundadas en los documentos del propio Partido Comunista Chino, que el número de ejecuciones políticas fue de cinco millones entre 1950 y 1952, información perfectamente disponible que podría haber consultado usted antes de ir a China, me parece algo casi elemental. Mao operaba de manera mucho más eficaz que Stalin. Allí donde Stalin actuaba primitiva, bárbara y desordenadamente, Mao lo hacía de manera calculada; por ejemplo, antes de las grandes purgas de la década de 1950, Mao había establecido cuotas de ejecución: 0,6 % en el campo y 0,8 % en las ciudades, lo cual fue obviamente muy efectivo. Para ver la diferencia entre la práctica estalinista y la maoísta basta comparar los gulags soviéticos y los chinos. Compare el testimonio de Solzhenitsyn con el de Pasqualini. Verá usted diferencias de método que se deben a la cultura, pero, en lo esencial, la naturaleza del sistema sigue siendo la misma.

Y después de esta exposición sobre el ilusorio antiestalinismo de Mao, sólo faltaba constatar un error garrafal:

S.L.: A propósito de su último libro, dicho sea de paso, permítame señalarle que Mao jamás habría podido deseárselo *Dos mil años de felicidad* [...] porque la expresión no existe en chino, ni siquiera en el dialecto del más remoto extremo norte del país. A juzgar por mi gran nariz, podría dudar usted de mi competencia en este terreno, pero pregunte a cualquier chino cómo se dice en su lengua «dos mil años de felicidad»: no podrán responderle. Ésta es la más venial de sus fabulaciones comparada con el resto de su obra.

Ciertamente, la ridiculez de este error garrafal no debería ocultar lo más grave: la completa irresponsabilidad que permitió fabular de forma salvaje acerca de todo un pueblo y de inmediato pasar página alegremente.

S. L.: En su libro *Dos mil años de felicidad* el capítulo sobre China trata de mundanidades parisienses. Hay algún que otro revolcón y unas cuantas aventurillas, muchos salones parisienses, pero China desaparece del horizonte. Uno se da cuenta de que para usted China simplemente fue un pretexto para sus conversaciones de actualidad en los salones de París. Y en cuanto China pasó de moda dejó de existir. Mil millones de personas se desvanecen al otro lado del horizonte, ya nadie las ve ni habla de ellas.¹

Más allá de las tonterías cacareadas por los maoístas occidentales, sobre todo es necesario recordar su desdén hacia la población china. Empezaron imponiendo una explicación apologética que impedía percibir la realidad de unos acontecimientos lejanos y la inmensidad de los dramas que estaban produciéndose, hasta el punto de convertirse en cómplices de los mismos. Luego, a fin de evitar ser acusados de impiedad, cubrieron de insultos a cualquiera que criticara los artículos del catecismo. Finalmente, cuando quedó claro que los hechos no correspondían con la doctrina establecida, se apresuraron a seguir adelante con la conciencia tranquila.²

¹ En la revista *Commentaire*, n.º 23, se encuentra el texto completo de la intervención de Simon Leys en el programa *Apostrophes* de mayo de 1983, aunque contiene algunos errores de transcripción.

² Para todo lo concerniente al maoísmo francés y, por extensión, a la China de Mao vista desde Francia, hay dos documentos complementarios detallados: Christian Beuvain, Florent Schoumacher, «Chronologie des maoïsmes en France, des années 1930 à 2010» y «Prochinois